



## CAPÍTULO XVI

En el que se refiere el principio de la triste historia de Carlota y de Welster. Éste resuelve incorporarse á la Iglesia católica; hace un análisis de los fundamentos más sólidos de nuestra religión, recibe el bautismo, y va á la Habana á negocios de comercio

Entramos en México, paró el coche en la casa de doña Eufrosina, y todos nos apeamos en ella, llevando los mozos los caballos á su destino.

Cuando subimos á la sala encontramos en ella á un

joven como de treinta años, muy bien presentado, que había llegado á esta capital esa misma mañana y había ido á casa de doña Eufrosina en solicitud del caballero Labín, á quien venía recomendado de la ciudad de Washington, de donde era natural, y se llamaba Jacobo Welster.

Este individuo nos captó la voluntad luego que comenzó á platicar y darnos razón de su patria y del fin de su viaje, que era sobre asuntos de comercio. Dijonos que había estado en España largo tiempo, y lo acreditaba con la perfección con que poseía el castellano y con las exactas noticias que daba de la Península, y especialmente de Madrid. Después de habernos dejado aficionados á su trato fino, y satisfechos de que era un hombre instruído, se despidió con el señor Labín, con quien se retiró, y nosotros hicimos lo mismo, pues estábamos cansados y con deseo de recogernos temprano.

Algunos meses pasaron sin que yo advirtiese nada particular, sino la mucha familiaridad que contrajo Welster en la casa de doña Eufrosina, la que cada día se aumentaba con las frecuentes visitas que él hacía con objeto determinado. Éste era una joven hermosa llamada Carlota, hermana de Adelaida y amiga íntima de Eufrosina y de su hija.

Desde luego el amor enredó los corazones de ambos, y por más que hacían uno. y otra por disimular mutua-

mente su pasión, no podían. Cada vez que concurrían juntos tenían, sin duda, un rato muy amargo. Los ojos de Jacobo se encontraban con los de Carlota y se expresaban con demasiada viveza: ésta recibía las miradas con agrado; pero en el momento apartaba la vista de su amante, manifestando la mayor indiferencia. De manera que Carlota estaba asegurada de la voluntad de Jacobo; pero éste no estaba cierto de la correspondencia de su amada.

Así pasaron como seis meses, hasta que una noche, agitado fuertemente su corazón con la memoria de su adorado objeto y no pudiendo dormir, comenzó á dar vueltas y más vueltas en la cama, á suspirar y hablar solo con tal tono de voz, que su compañero, el señor Labín, temiendo no estuviese enfermo, le preguntó desde su catre qué tenía. Jacobo le respondió que nada; pero que no podía dormir. Disimuló entonces, y se sosegó por unos cuantos minutos, al cabo de los cuales volvió á su primera inquietud.

El señor Labín temió que su compañero estuviese para perder el juicio, y como le quería mucho, trató de ver cómo lo serenaba, haciéndose primero informar de la causa de su aflicción.

Resuelto de esta manera, se levantó, se cubrió con su ropón, se puso sus chinelas, se dirigió á la cama de Jacobo, y sentándose en ella, con el mayor cariño le dijo:

— Welster, amigo, ¿qué tienes? ¿qué te aflige? ¿por qué me disimulas tu cuidado? ¿Tienes algún motivo para desconfiar de mi amistad, ó ya me he hecho indigno de la tuya?... Qué, ¿inclinas la cabeza sobre el pecho? ¿me miras con vergüenza? ¿enmudeces y las lágrimas destilan de tus ojos? Vamos, Welster, háblame por tu vida: yo me intereso en tus desventuras tanto como tú mismo; declárate, ensánchate; ¿qué tienes?

Entonces Welster, desarrollando sus sentimientos de una vez, y apretando la mano del señor Labín contra su pecho, le dijo:

— ¿Qué he de tener, amigo, qué he tener? una rabia, una desesperación, un fuego que me consume el alma. Tengo amor, sí: adoro á una joven hermosa, cuyas recomendables circunstancias han avasallado mi corazón, en términos que no soy dueño de mí... Este abatimiento es vergonzoso en un hombre de mi carácter, lo confieso; pero tú eres discreto, sí; tú conoces que no siempre le es muy fácil al hombre el resistir á sus pasiones; muchas veces éstas nos dominan y avasallan contra los más poderosos gritos de la razón. En este caso me hallo, compadéceme.

— ¡Desgraciado de tí, dijo el señor Labín, si has pensado alguna vez estar exento de las humanas flaquezas! Welster, todos los hombres tenemos nuestras imperfecciones: nadie vive sin delitos, dijo un antiguo,

y el mejor hombre es el que tiene menos. El amor es una pasión propia de las almas generosas y sensibles como la tuya. Las virtudes por sí mismas son amables, y cuando se hallan en una mujer hermosa nos parecen aún más atractivas. ¿Qué hay, pues, que extrañar que una criatura de éstas haya rendido tu corazón al imperio violento del amor? Lo que debes ahora no es avergonzarte de amar, sino ver si puedes poseer el objeto de tu amor honestamente. ¿Cuál es la señorita que te ha agradado?

— Carlota, dijo Jacobo, la hija del comerciante don Tadeo, que concurre á la casa de doña Eufrosina.

— ¿Y no le has declarado tu pasión?

— Mis ojos le han dicho mucho, pero mi lengua nada; pues el ser extranjero me parece que es bastante para que no me corresponda. Sin embargo, ya no puedo sufrir, y pues eres mi amigo verdadero y me has dicho que cuente contigo para todo, estoy resuelto á declararme. Mañana le he de escribir un billete; tú has de hacer que llegue á sus manos y que no se quede sin respuesta.

— La empresa es opuesta á mi carácter; pero soy tu amigo y te he empeñado mi palabra. Duerme ya sin cuidado, que mañana escribirás, y yo haré por que todo se allane.

Con esto se sosegó un poco Welster, y se recogieron.